

Hipólito Rodríguez

“Ciudad, cambio climático vulnerabilidad social”

La Palabra y el Hombre. Revista de la Universidad Veracruzana
Número 71, enero-marzo de 2025, pp. 31-35.

ISSN: 01855727
Xalapa, Veracruz, México



La Palabra y el Hombre. Revista de la Universidad Veracruzana
Lic. Benigno de Nogueira Iriarte Núm. 7, Col. Centro, C.P. 91 000
Xalapa, Veracruz, México
Tel. 8 42 17 00 / ext. 17 820

Quienes vivimos en las ciudades rara vez nos percatamos del impacto que nuestro modo de vida tiene en el medio ambiente. Nuestra apreciación de los problemas ambientales suele reducirse a una queja por la calidad del aire, esas vaporosas nubes grises que emergen de los vehículos que diariamente usamos. Más recientemente, resentimos la pérdida de áreas verdes y la falta de agua, carencias que de modo inmediato inciden en nuestra calidad de vida: extrañamos las frescas som-

Ciudad, cambio climático y vulnerabilidad social

Hipólito Rodríguez

Las ciudades empiezan a adquirir conciencia de que son ellas mismas el origen de los mayores quebrantos que sacuden al planeta. Situaciones que nos parecían distantes, se encuentran ahora en nuestras calles, las vivimos en nuestros hogares y empezamos a reconocer su causa en nuestros hábitos...

bras de los árboles y sin el flujo del agua no es posible seguir nuestras rutinas más elementales. Con todo, a pesar de estos indicios –pequeñas pruebas de que asistimos a un trastorno más amplio– pareciera que la crisis ambiental se halla muy lejos de nuestro espacio de vida. Sin embargo, como intentaré mostrar en este breve ensayo, la mayor parte de los problemas ambientales que enfrenta el planeta tiene su origen en el modo de vida urbano, pues son el patrón de consumo, los sistemas de transporte y nuestras formas de alimentación los que están ocasionando el creciente deterioro de los ecosistemas que sostienen la vida en todo el orbe.

En parte, la evidencia de que estamos ante un nuevo escena-

rio nos la revelan los conflictos socioambientales. Para mucha gente las primeras manifestaciones de este tipo de conflictos fueron las marchas en contra de la instalación de una planta nuclear en una región costera del Golfo de México. Aunque no recibían el nombre de movimientos ecologistas, las incontables protestas de los pescadores por la contaminación generada por los ingenios azucareros eran parte de esta clase de conflictos. Asimismo, la actividad petrolera se hacía presente con sus recurrentes derrames: manchas de aceite se extendían por nuestras playas; la vida marina y la actividad pesquera eran sacrificadas por esas negligencias criminales.

Por desgracia, este tipo de notas dejaron de ser novedad:

no han cesado de aparecer diariamente en la prensa. Pero ahora nos enfrentamos a nuevos desafíos. Las ciudades empiezan a adquirir conciencia de que son ellas mismas el origen de los mayores quebrantos que sacuden al planeta. Situaciones que nos parecían distantes, se encuentran ahora en nuestras calles, las vivimos en nuestros hogares y empezamos a reconocer su causa en nuestros hábitos más cotidianos.

Inmunidad, urbanización y migración indigerible

En una conferencia reciente (2023), el filósofo alemán Peter Sloterdijk propuso considerar a las ciudades como el principal escenario de la crisis ambiental de nuestra época. A pesar de ser instituciones cuyo propósito fundamental ha sido desde su origen ofrecer protección, esta función empieza a erosionarse. Recordando a Epicuro, Sloterdijk señaló que la ciudad ofrece muros que pueden protegernos tal vez de todo, menos de la muerte. Si bien la urbe construye un sistema inmune, hay algo ante lo cual fracasa, pues ante

La modernidad al empezar el siglo XXI pareciera apostar por que la vida social solo tenga vigencia en centros comerciales: una reducción del espacio público a una dimensión puramente económica. Sin embargo, necesitamos auténticos espacios de comunidad. El creciente peso que tienen los instrumentos de comunicación digital es expresión de esta necesidad...

nuestra irremediable mortalidad no hay barrera que sirva. Sin embargo, si la edificación de un entorno artificial ha proliferado de modo universal es porque la ciudad asegura a sus habitantes un orden social y moral.

En la actualidad, al cumplirse el primer cuarto del siglo XXI, la tendencia a vivir en ciudades se ha vuelto el dato demográfico dominante: el proceso de urbanización ha culminado con la pérdida casi absoluta de lo que podríamos llamar la experiencia rural. En el curso del siglo XX, se produjo una contracción de la población agraria de tal magnitud que ya, en buena parte del planeta, solo quedan algunos vestigios del mundo campesino. El proceso de proliferación urbana pudo prosperar gracias a los combustibles fósiles: al quemar los bosques subterráneos, como Sloterdijk llama a los hidrocarburos, las manchas urbanas y las redes que las articulan se han extendido por toda la superficie de la Tierra. Por tanto, podemos decir, la modernidad se ha construido con base en una piromanía: nuestra irresistible inclinación a incendiar cantidades incalculables de petróleo. Pero ahora pareciera que estamos viviendo el final de este proceso: el fuego de esos bosques ha producido un volumen ya insostenible de gases de efec-

to invernadero, causa clara del calentamiento de la Tierra.

Los historiadores de las ciudades coinciden en que la experiencia urbana tiene tres rasgos básicos: en las ciudades se construyen espacios sagrados (templos), en las ciudades se proporciona seguridad (las murallas, los fuertes), en las ciudades se despliegan los mercados (centros de actividad comercial), lugares todos donde sus habitantes pueden encontrar los bienes necesarios para su supervivencia. Desde su origen, las instituciones económicas y políticas urbanas garantizan el flujo de excedentes del campo hacia la ciudad. Cuando faltan una economía operativa y un orden político estable, las ciudades dejan de cumplir sus funciones elementales, y su capacidad de ofrecer inmunidad empieza a erosionarse. ¿Qué implica el sistema inmunológico? Según Sloterdijk, los biólogos europeos tomaron el concepto de inmunidad del campo jurídico romano: toda vida humana puede ser dañada y todo lo que se pueda hacer, por anticipado, para protegerla pertenece al sistema de inmunidades. Con la vacunación, por ejemplo, nuestros cuerpos están preparados para enfrentar las invasiones de ciertos microbios. En las ciudades modernas, el espa-

cio doméstico está poblado de dispositivos diseñados para ese propósito: desodorizar, higienizar, blanquear la vida cotidiana; de hecho, las viviendas son los símbolos materiales de esa inmunidad. Sin embargo, asistimos a una contradicción cada día más violenta: las ciudades y las naciones ricas, con sus logros inmunológicos, atraen a un número cada vez mayor de poblaciones, a las que no obstante se rehúsan a admitir. Los territorios rurales pierden a sus habitantes, pero las ciudades parecen haber perdido su capacidad de integrar a esas migraciones. Se les rechaza, se construyen muros para frenarlas, o en todo caso se les coloca en los márgenes. Este es el capítulo trágico del urbanismo moderno: luchando por proteger la vida, las ciudades se hallan, no obstante, sin muros contra la muerte, pero están edificando murallas contra las migraciones. Una crisis humanitaria toca todas las fronteras: rechazamos los flujos expulsados por la des-agrarización propiciada por los avances tecnológicos y las secuelas de estos (la crisis climática, las sequías, las inundaciones, las tormentas).

Equipamientos colectivos y espacio social solidario

Construir una ciudad no es solo edificar infraestructura, sean calles o puentes, dedicada a fomentar la movilidad; hacer una ciudad también es auspiciar equipamientos colectivos: escuelas, centros de salud, áreas deportivas, establecimientos culturales, áreas verdes, espacios públicos, instalaciones que apuntalan la vida de las familias. La ciudad no solo opera por



Erick Ocaña: Celesto huasteco (*Siderolamprus enneagrammus*). Endémica, sujeta a protección especial (MEX)

medio de redes físicas (agua, drenaje, electricidad, comunicaciones) sino también gracias a redes sociales que hacen posible el tejido colectivo, la comunidad como conjunto de vínculos de cooperación. Gracias a los equipamientos colectivos se cuenta con un conjunto de medios para que en ellos se restablezca la socialidad que el mercado solo convoca en forma impersonal o mercantil. De hecho, la modernidad al empezar el siglo XXI pareciera apostar por que la vida social solo tenga vigencia en centros comerciales: una reducción del espacio público a una dimensión puramente económica. Sin embargo, necesitamos auténticos espacios de comunidad. El creciente peso que tienen los instrumentos de comunicación digital es expresión de esta necesidad, pero incluso estos dispositivos se encuentran actualmente sometidos a la lógica de la mercantilización. Todos aquellos que acceden a las

redes digitales observan cómo ese espacio de convivencia virtual se halla penetrado por la publicidad, anuncios que de modo obsesivo invitan al consumismo. Ante esa intrusión constante, parece más que nunca necesario propiciar espacios donde la comunidad pueda actualizar sus relaciones de reciprocidad y cooperación. Las llamadas “redes sociales” inevitablemente colocan a las personas ante una situación pasiva, como meros receptores, restringiendo la posibilidad de que puedan desplegar su dimensión creativa, acotando incluso la reflexividad política. Así, pareciera que carecemos de la capacidad activa de producir los bienes para disfrutar de nuestro tiempo de ocio. Eso nos ha vuelto vulnerables, heterónomos, despojados de nuestra capacidad para crear. Las posibilidades de la danza, la música, la narrativa se nos suministran como modas. De ahí que, ante ese modelo de comunica-

ción mercantil, se haya vuelto tan importante auspiciar equipamientos colectivos, espacios de autonomía: sitios de apoyo mutuo y reconocimiento, lugares donde se configuran redes de confianza y donde la comunidad puede recuperar su calidad de sujeto activo y solidario. La seguridad misma nace de la construcción de confianza entre vecinos, un tejido que no es otra cosa que el sistema inmunológico del que habla Sloterdijk.

Nuestros hábitos construyen la crisis y la historia

Se ha dicho que en la actualidad las ciudades no están ocupando un lugar en la discusión ambiental. Cuando hablamos de problemas ambientales, pareciera que estos solo ocurren fuera del mundo urbano: pérdida de biodiversidad, sequías, contami-

nación de ríos y mares, aumento de temperatura en los océanos, incremento de huracanes y tormentas. Sin embargo, no se ha concedido la debida importancia a la dinámica urbana como el detonante de buena parte de los problemas ambientales que en la hora actual afectan al planeta.

De ahí que los análisis de ecología política urbana propongan corregir esta perspectiva. Los procesos de urbanización están jugando un papel fundamental en la crisis ambiental global: son ellos los que se encuentran en el origen del calentamiento del planeta, la crisis hídrica, la erosión de la biodiversidad, el incremento de los desperdicios y la extraordinaria expansión de los residuos plásticos. Las poblaciones urbanas necesitan diariamente diversos bienes: alimentos, vestido, agua, vivienda, energía, minerales y materiales de construcción. Las materias primas para todo ello se encuentran fuera del ámbito urbano: en el campo, en la ganadería, en los bosques, pesquerías y actividades mineras. La frontera agrícola, a pesar de los incrementos en la productividad, no cesa de crecer. Los cambios de uso del suelo son la expresión espacial de este crecimiento de las áreas dedicadas a la producción de alimentos y energía. Progresivamente, las superficies donde habita la vida silvestre (bosques y selvas) se ven reducidas y se hace necesario crear áreas naturales protegidas ante la avaricia de los negocios agropecuarios y mineros. El mismo crecimiento de las manchas urbanas está devorando literalmente las superficies dedicadas a la agricultura. No es raro ver incluso que tierras protegidas por su valiosa diversidad o por ser áreas de recarga de los mantos acuíferos, se encuentran expuestas a la voracidad ur-

baña. Nuevas carreteras, nuevos fraccionamientos inmobiliarios, nuevas zonas portuarias, nuevas presas, nuevos proyectos turísticos acosan a las tierras donde hay todavía manchones de biodiversidad. La llamada prosperidad económica, la promesa del desarrollo, nos está colocando ante graves problemas.

Resulta entonces que las ciudades se han convertido en el detonante principal del cambio climático: en ellas y para ellas se consume buena parte de los hidrocarburos que hoy están exhalando los gases de efecto invernadero. La notable dinámica de expansión urbana se alimenta de los bosques subterráneos. Sin embargo, las empresas y los países que consumen y producen combustibles fósiles se oponen tajantemente a poner límites a su extracción y emiten mensajes que desacreditan a la comunidad científica: por ejemplo, que el cambio climático tiene causas naturales, o no es producto del consumo de hidrocarburos. Su actitud es explicable: equivale a pedir a una empresa con grandes cantidades de dinero en el banco que deje de extraer esos recursos de su cuenta de ahorros. La acción solicitada por los expertos del clima y las comunidades afectadas pareciera un atentado a su libertad: el privilegio que tienen los dueños del capital de hacer su santa voluntad dentro de su propiedad. Sin embargo, aquí nos topamos con una situación que tiene historia.

No siempre ese suelo (y ese subsuelo) estuvieron en manos de las mismas personas. Los procesos de conquista y las guerras han sido las actividades que dieron origen a los títulos de propiedad. En México bien sabemos que los latifundios se formaron después de la conquista

y son fruto de un despojo. Los pueblos originarios fueron derrotados en una guerra y su patrimonio pasó a manos de los conquistadores. A lo largo de tres siglos de dominación, se constituyeron así enormes propiedades. Sin embargo, tras la Independencia se inició un conflicto en el cual las comunidades y los pueblos indios se enfrentaron a los latifundios que pretendían seguir expandiéndose a costa de sus tierras. El conflicto abarcó todo el siglo XIX y estalló de forma dramática al empezar el siglo XX. Los ejércitos campesinos reclamaron sus tierras, y su movilización armada permitió que buena parte de los latifundios volvieran a manos del campesinado. El Estado que emergió de la Revolución recuperó incluso el petróleo, tesoro del colonialismo imperialista. Con todo, al final del siglo, el neoliberalismo intentó devolver esas tierras al mercado y reformó el artículo 27 constitucional con ese propósito. Siguiendo esa lógica, también intentó devolver el petróleo al dominio privado. El proceso histórico muestra que los títulos de propiedad no están escritos en piedra y los recursos que la tierra guarda pueden cambiar de manos. Las guerras que las grandes potencias han desatado en todas las regiones donde aún quedan bosques subterráneos son la evidencia de que la avaricia por la energía aparentemente no tiene límites. Pero ahora asistimos a un nuevo límite: la crisis climática. Detener las emisiones de gases de efecto invernadero supone cambiar los metabolismos urbanos, moderar el consumo excesivo de combustibles, acordar límites al extractivismo, restringir el despilfarro energético, transitar hacia nuevos modelos de movilidad y redefinir los derechos de propiedad.



Erick Ocaña: Geco yucateco de bandas (*Coleonyx elegans*). Amenazada (MEX)

Las luchas urbanas como luchas socioambientales

Buena parte de los conflictos ecológicos del siglo XXI tiene que ver con la forma en que se despliega el crecimiento de las ciudades. Cada día el mundo urbano requiere de más agua, alimentos, minerales y energía. El crecimiento del extractivismo tiene como fondo los procesos de urbanización en curso. Dotar de más agua a las ciudades y a las empresas que producen para ellas supone trasvases e infraestructuras que suscitan conflictos. Ampliar la frontera agrícola y pecuaria exige más agua pero también incrementa las contaminaciones (la proliferación de granjas porcícolas y avícolas no cesa de producir desechos y vul-

nerabilidad a toda clase de pandemias). Más minería a cielo abierto y más extracciones de petróleo y gas se traducen en mermas a la sostenibilidad. La pérdida de biodiversidad que traen consigo los cambios de uso del suelo empobrece al mundo.

Poner límites al extractivismo, objetivo de los movimientos ambientales, implicaría cambiar los patrones de consumo en las ciudades: un estilo de vida más austero, con menos despilfarro. Las ciudades se han vuelto sumamente vulnerables al cambio climático. En ellas se registran los mayores desastres. Los incendios y las inundaciones que afectan, sin excepción, a todas las regiones del planeta, indican que nos hallamos ante un nuevo escenario. El patrón de lluvias está cambiando de forma acelerada: a sequías extraordinarias siguen lluvias también

extraordinarias. Cíclicamente, la carencia de agua afecta a la producción de alimentos y a las necesidades diarias de la población; las tormentas y huracanes inundan y desbordan todas las redes hidráulicas, dañando infraestructuras y viviendas. El sistema inmunológico está claramente rebasado. Carecemos de sistemas de protección civil y de una cultura de prevención del riesgo para enfrentar estos desafíos. Transformar y defender la vida urbana depende de nosotros. **LPyH**

Hipólito Rodríguez es investigador y doctor en Ciencias Sociales por el CIESAS. Imparte clases en la Facultad de Sociología de la UV. Recientemente coordinó con Raúl García Barrios el libro *El lado oculto de las mercancías: basura, tecnologías apropiadas y circuitos del bien-vivir*.